

Defender al periodismo

en REFORMA

Ningún candidato presidencial le ha debido tanto al periodismo independiente y crítico, pero ningún Presidente lo ha hostilizado con un discurso tan pendenciero y estigmatizante, como Andrés Manuel López Obrador. No estoy diciendo que la causa de su triunfo hayan sido las grandes revelaciones y denuncias periodísticas de los últimos años. Digo que el efecto acumulado de todos aquellos escándalos contribuyó a crear cierto clima de opinión, a catalizar un cambio de disposición en el electorado, que resultó muy propicio para la causa lopezobradorista. Tampoco estoy sosteniendo que durante su gobierno se hayan ejercido presiones o se haya impuesto la censura contra algunos medios o comunicadores como en otros sexenios. Sostengo que ningún mandatario había desplegado una actitud de explícito antagonismo ni un lenguaje de constante escarnio contra la labor de la prensa como los que ha desplegado AMLO.

Aunque ya se ha dicho antes, vale la pena repetirlo de nuevo: criticar a la prensa no es negar el derecho a la libertad de expresión. El periodismo no tiene por qué exentarse de estar sujeto al escrutinio o al cuestionamiento que él mismo ejerce. Corregirle un exceso o una omisión, desmentirle una noticia,

replicarle puntualmente errores o imprecisiones no equivale a amenazarlo ni a tratar de silenciarlo. Es, más bien, aportar elementos para mejorar la calidad de los insumos que nutren la discusión pública y, al hacerlo, exigirle al periodismo que esté a la altura de su propia exigencia de veracidad. El problema, sin embargo, es que eso no es lo que hace el presidente López Obrador cuando habla de la prensa.

Primero, porque lo suyo no es criticar, es condenar. Sus palabras no tratan de corregir, de desmentir o replicar una información; lo que buscan es desacreditar a quien la informa. No refutan con evidencia, descalifican con adjetivos. Segundo, porque al pronunciarlas desde el púlpito presidencial esas palabras adquieren un sentido que trasciende el debate por la exactitud o falsedad de un dato y se ubican en el plano de una disputa propiamente política. No tratan a la prensa como un contrapeso que tiene valor, sino como un contrincante al que cabe combatir. Según el seguimiento de las conferencias mañaneras que hace el equipo de Luis Estrada en Spin, por ejemplo, durante las últimas semanas López Obrador le ha dedicado más palabras y sobre todo más inquina al periodismo que no le aplaude que al crimen organizado (con el que hasta tiene gestos de buena fe, como invitarlo a tenerle "amor al prójimo" o estrechar la mano de la mamá de El Chapo, que nunca ha tenido con los medios cuya cobertura le es desfavorable). Y tercero, porque las palabras del Presidente se insertan en un doble contexto,

de polarización y posverdad por un lado, de violencia contra periodistas por el otro, en el que ese inagotable afán de atacar a la prensa termina relativizando o incluso validando la agresividad de los simpatizantes lopezobradoristas contra reporteras o reporteros que solo están haciendo su trabajo.

Cuando estaba en la oposición, a López Obrador le ayudó mucho que hubiera una prensa crítica e independiente. Ahora que está en el poder, quiere una prensa que se "porte bien" y "apoye". En sus conferencias matutinas abundan, sobre todo en las primeras filas, figuras a las que suele privilegiar en el uso de la palabra y que encarnan el ideal de ese nuevo oficialismo: que desvíen la atención de los temas importantes, que hacen preguntas a modo, que sirven sin disimulo a la agenda política del Presidente y no al interés público. Son, por llamarles de algún modo, la vieja prensa del nuevo régimen.

He ahí, en suma, uno de los rasgos más autoritarios de este gobierno: su retórica beligerante contra la prensa crítica e independiente y su empeño en menoscabarla empoderando a una prensa decididamente propagandística. Contra ambas embestidas, es indispensable tener muy claro y reafirmar el imperativo ciudadano, la necesidad democrática, de defender al periodismo.

@carlosbravoreg

